

*Antonio Balli*

Si el tema del Congreso es: “La Filosofía y el Desarrollo Nacional”, y si fue intención de quienes lo organizaron poner en evidencia una correlación directa entre Filosofía y Desarrollo, pienso que será difícil que mis ideas concuerden con las de los demás. Se me podría preguntar las razones y no tendría dificultades en contestar que la causa final de un probable desacuerdo está únicamente relacionada con la falta de libertad en los hombres, y no con una falta de filosofía apropiada en ellos mismos. Eso, por supuesto, si el hombre es el “ser superior” que se considera. Es decir: un ser dotado de una inteligencia superior, acompañada por una razón, por una moral y por una voluntad que le permiten evolucionar biológica y espiritualmente hablando; además que vivir en sociedad con sus semejantes, y en asociación con todos los seres vivos, animales y vegetales; y más propiamente con la naturaleza entera, con el ambiente que lo rodea y que le da la oportunidad y la posibilidad de vivir.

Filosofar es analizar, meditar, reflexionar. En última instancia, razonar. Desarrollar es sinónimo de acrecentar, dar incremento a una cosa de orden físico, intelectual o moral. Pero ¿cómo podemos demostrar que vivimos, que actuamos razonando en beneficio del desarrollo de un país? No veo nada de todo eso. Más bien, el hombre está pensando y actuando de forma totalmente ilógica. Y si pensamos y actuamos irracionalmente, no veo como podamos desempeñar una acción favorable al desarrollo de un país. Estamos mucho más interesados en nuestra muerte, en la desaparición de la especie que en su supervivencia. No es que el hombre no quiera actuar en beneficio de la humanidad. El no puede, por no ser libre en sus actos, por ser esclavo de su misma naturaleza.

Estas mis ideas pesimistas las cultivo desde tiempo y he tenido la oportunidad de expresarlas en muchísimas ocasiones. Solamente que, quien me ha oído, nunca pudo convencerse de la verdad de las cosas. O si le fue posible, ello fue solo en parte.

El año pasado (1973) salió una publicación de Konrad Lorenz (*Les huit péchés capitaux de notre civilisation*. Flammarion, 1973), premio Nobel de Medicina 1973 y universalmente conocido por sus trabajos acerca de la biología del comportamiento de los animales. El está de acuerdo conmigo sobre el porvenir muy dudoso de nuestra especie:

“La humanidad está en peligro. Ella está enfrentando numerosos riesgos de los cuales el naturalista y el biólogo, primeros que todos, se dieron cuenta, mientras pasan inadvertidos a la mayoría de los hombres. Es deber del sabio tocar el timbre de alarma, en vez de limitarse, según la costumbre, a consagrarse a la investigación de fenómenos descubiertos recientemente”.

En ocasión del III Congreso Universitario de 1973 en Costa Rica, presenté un trabajo, (La Universidad y el Mundo de los Hombres) que decía lo mismo, además que otras cosas, para poner más en relieve el asunto.

Las preocupaciones mías concuerdan con las de Konrad Lorenz. Los dos vemos y consideramos al mundo como es en realidad y no podemos equivocarnos. Entonces, ¿qué podemos esperar del desarrollo de un país, si los hombres son sus artífices?

Para que la exposición sea más clara y su contenido más convincente, voy a recordar unos pasos de la obra de Lorenz, haciendo al mismo tiempo comparaciones con mis ideas.

“Entre las causas —dice Lorenz— que determinan el futuro de los seres, hay la selección cuyo objetivo es el más importante, en conjunto con las mutaciones y las nuevas combinaciones de genes. La selección natural facilita la adaptación, que es un verdadero proceso de aprendizaje que permite al organismo adquirir informaciones existentes en el medio ambiente, muy importantes para la supervivencia. Se trata, en definitiva, de un proceso que ayuda al organismo a recibir nuevos conocimientos del ambiente que lo rodea. La existencia de estructuras y de funciones creadas por la adaptación, es algo característico de los seres vivos”.

Si lo dicho por Lorenz es verdad, ¿cómo puede ser que el hombre, con su “filosofía”, no haya logrado comprender todavía que lo que la humanidad está sufriendo no es el fruto de una “adaptación”, sino el resultado de la falta de una verdadera “filosofía”, de un razonamiento por parte de los hombres en búsqueda de un “desarrollo nacional”? Si una “selección natural” hubiera tenido éxito entre los hombres; si una filosofía nos hubiera hecho pensar que el “desarrollo nacional”, tal como se presenta, es el producto de una falta de lógica, la especie humana viviría en un ambiente propicio para ella, biológicamente hablando primero que nada. Y si hubo —como afirma el autor— “mutaciones” y “nuevas combinaciones de genes”, tenemos que llegar, por fuerza, a la conclusión, que siempre se trató de mutaciones y de combinaciones de genes dañinas para nuestra especie. La filosofía que guió y continuará guiando a los hombres hacia la búsqueda de un “desarrollo nacional”, sigue siendo una filosofía no razonada. Lorenz mismo está de acuerdo conmigo cuando se pregunta la razón de “ciertos comportamientos habituales de los hombres civilizados... ¿Qué sentido sigue teniendo para la humanidad el frenesí insensato de la competición, su carrera terrible a los armamentos, el ablandamiento progresivo del ciudadano, etc.? ... Hay que considerarlos como signos patológicos... Pero, si observamos más de cerca estos actos sin razón, se nos aparecen como perturbaciones de un comportamiento que, al comienzo, pudo haber tenido valor para mantener con vida la especie”.

Expresión, esta última, del autor que yo no puedo aceptar, sino en parte, en cuanto para mí, no se puede hablar todavía de “expansión demográfica ilimitada”: en el mundo hay mucho más espacio para más gente. Es sobretodo su mala repartición y nuestra falta de “filosofía” en escoger los medios y los caminos a recorrer que podrían de verdad servir a un “desarrollo nacional” eficiente.

“Todas las donaciones que el hombre ha recibido, a causa de su profundo conocimiento de la naturaleza: los progresos de la tecnología, de la química, de la medicina, todo lo que parecía poder atenuar el sufrimiento humano, tiende, lo que es una paradoja espantosa, a llevar a la humanidad a la ruina... lo que normalmente no se produce casi nunca en los demás sistemas vivientes, es decir, de sofocarse a sí misma. Lo peor es que... son las cualidades más nobles del hombre que parecen llamadas a desaparecer primeras, precisamente las que nosotros consideramos justamente las más específicamente humanas. Nosotros que vivimos en países civilizados con fuerte densidad

demográfica, igual que en las grandes ciudades, no imaginamos ni siquiera a cual punto nos hace falta el amor sincero y caluroso del vecino”.

Constatación entre las más verdaderas, digo yo, fruto de un “desarrollo” exagerado de las poblaciones en ambientes restringidos. “Desarrollo” querido por una “filosofía” que nunca supo ni analizar, ni meditar, ni reflexionar; en última instancia, razonar. Ya hablé en otras ocasiones (No hay salvación para los hombres. Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica) de los daños que una tecnología y una química “progresistas” pueden ocasionar a la humanidad y a toda la vida. Hablé también de los efectos dañinos de la medicina para la especie humana. Si los médicos pueden, por un lado, ofrecer la posibilidad a los enfermos de seguir viviendo más tiempo, curando sus enfermedades; la especie humana no saca ningún provecho con la presencia de los médicos, más bien ella se debilita. No permiten que la selección natural desempeñe su importante tarea; la de eliminar del mundo los individuos que, pudiendo seguir viviendo aunque enfermos, si mañana se casan pueden transmitir a la descendencia sus mismos males, perpetuándolos al mismo tiempo. También el contacto de los enfermos con los sanos, puede ocasionar daños a éstos últimos.

“Frente a esta multitud y a esta promiscuidad, sigue Lorenz, nuestro amor hacia los demás se hace tan pequeño que terminamos por perder sus huellas... Se trata de un proceso absolutamente inevitable para cada uno de nosotros, pero ya manchado por la inhumanidad... Más nos sentimos obligados a vivir en la promiscuidad de la masa, y más nos sentimos cada uno presionados por la necesidad de no preocuparnos de los demás. Es por ello que hoy los ataques a mano armada, los homicidios y los delitos se manifiestan en pleno día, justamente en el corazón de las grandes ciudades, en las calles pobladas de gente, sin que un transeunte intervenga... La falta de amabilidad generalizada, que podemos observar en todas las grandes ciudades, es netamente proporcional a la densidad de las masas reagrupadas en ciertos lugares”.

Las ciudades se han desarrollado porque el hombre así lo hizo. Pero ello fue el resultado de una “filosofía” sin razón. Los hombres se dejan convencer por las grandes cosas. No se dejan guiar por una “filosofía” digna de este nombre. Desarrollo y filosofía siguen viviendo en contraste entre ellas. “Crear —agrega el autor— que sea posible, por medio de un acondicionamiento apropiado producir un nuevo tipo de hombre armado contra las consecuencias nefastas del amontonamiento en un espacio retringido, me parece una ilusión peligrosa”.

“La ecología humana se transforma, sin comparación, más rápidamente de la ecología de los demás seres vivos... Por ello, el hombre está obligado a provocar modificaciones profundas y, a veces, hasta llevar a la ruina las biocenosis en las cuales y de las cuales el vive”. Lo que no pasa en ciertas tribus salvajes y en ciertas civilizaciones rurales que respetan el biotipo. “El campesino sabe que las reservas vitales de nuestro planeta no son ilimitadas, lo que el conjunto de la humanidad civilizada parece haber olvidado. El ritmo precipitado de la vida moderna... no deja a los hombres el tiempo ni de reflexionar ni de probar antes de actuar... El hombre civilizado que devasta, con un vandalismo ciego, la naturaleza viva que lo rodea y que de ella saca sus substancias, atrae hacia sí mismo la amenaza de una ruina ecológica... No hay que extrañarnos si la penetración de la civilización es la consecuencia de un afeamiento deplorable de las ciudades y de los campos”.

Con todo ello, el hombre “civilizado” querría llevar su ambiente de vida a un estado de “desarrollo”, no veo cual relación pueda existir entre “filosofía” y “desarrollo nacional”. Las poblaciones salvajes y los campesinos, con sus capacidades mentales reducidas, demuestran saber razonar más, o más bien razonar de verdad, comparados con los pueblos que se consideran “civilizados” y sabios.

“Es una desgracia que la humanidad haya aprendido a dominar todas las fuerzas del mundo exterior, y sepa tan pocas cosas de ella misma, entregada sin defensa a las consecuencias fatales de la selección infra-específica... La competición del hombre con el

hombre se opone directamente —como ningún otro factor biológico lo había dicho anteriormente— a la potencia bienhechora y eternamente creadora, para destruir con una brutalidad diabólica la mayoría de los valores que ella ha creado con un fin puramente comercial y en detrimento de todos los valores reales... Me parece muy verosímil que además de la pasión de poseer, y del deseo de avanzar, la congoja juega un papel preponderante... La congoja, bajo todas sus formas, contribuye esencialmente a minar la salud del hombre moderno y a provocar la hipertensión, la atrofia de los riñones, el infarto precoz y otras cosas parecidas... La precipitación congajosa, la congoja que precipita la vida, contribuye a privar al hombre de sus más profundas cualidades humanas. Entre ellas, la de la reflexión... Un ser que no sabe nada todavía de la existencia de su propio yo, es impotente para desarrollar un concepto, un lenguaje, o una conciencia moral y responsable. Un ser, que deja de reflexionar, está en peligro de perder todas estas facultades y estas cualidades específicamente humanas”.

Sigo siendo convencido que el hombre no sabe vivir o, mejor dicho, no puede saber vivir por no ser libre en sus pensamientos y en sus actuaciones. Los países desarrollados piensan serlo, y otros, víctimas de un subdesarrollo. Si estudiamos el problema más de cerca, y sin preconceptos, podríamos darnos fácilmente cuenta que la cosa es muy distinta. Puesto que el desarrollo debería ser considerado teniendo en cuenta el aspecto biológico de los hombres, la conclusión última es la que los que viven más cerca de una vida desarrollada son los países que comúnmente se consideran subdesarrollados. Está bien que cualquier país piense en su porvenir; pero debe tratarse de un futuro que ofrezca a sus habitantes, primero que nada, una vida mejor, biológicamente hablando. Lo que es muy difícil esperar, pues el hombre está orientado cada día más hacia una vida artificial, en un mundo artificial. Factores que son dañinos a todo ser vivo.

La vida verdadera no la viven los habitantes de los países que se definen civilizados; sino los que encontramos en las localidades alejadas de los centros donde predominan la industria, la tecnología y la vida burguesa y materializada. ¿Habrá remedios para tantos errores? No creo, en cuanto el hombre sigue siendo atraído siempre más hacia una vida artificial, hacia un mundo abiológico. Vivimos esclavos de un bienestar sin sentido, no escogido “filosofando”, razonando. Lo que consideramos hoy en día desarrollo, no tiene sino el deseo de serlo. Vivimos equivocados. Equivocación cuya raíz está en la falta de libertad en aquellos hombres que deberían habernos enseñado a “filosofar”, pero que no pudieron por haber tampoco ellos tenido maestros que les enseñaron a razonar.

Somos esclavos de la riqueza, de la gloria. Aspiramos a que los demás nos conozcan como seres superiores entre la masa de nuestros congéneres; a que tengamos fama de superdotados en inteligencia y en saber hacer. Mientras nos olvidamos que somos seres biológicos, y de nuestro ambiente natural de vida; y que debemos cuidarnos ante todo para bien de nuestra especie que tiene la obligación de seguir perpetuándose. Somos hombres, además que genitores o futuros genitores sobre los cuales cae la responsabilidad de las futuras generaciones.

Que los jóvenes inviten a sus maestros y a sus padres a enseñarles a vivir. Desarrollémonos primero, intelectualmente, antes de pensar en un “desarrollo nacional” materialista, para no seguir cayendo en los errores de este mundo que nos da toda la impresión de no estar orientado hacia el bien.

Es mi convicción, aunque se trate de una idea personal que no será aceptada por muchos, que los males que afectan a este mundo tienen como causa nuestra falta de libertad. Démosles a los hombres la libertad que ellos dicen poseer, pero que en realidad no poseen, para que el mundo se transforme de repente y sin dificultades, en otro donde predomina incontestablemente lo bueno y lo bello, lo racional y lo justo, lo moral y lo espiritual. Todo esto a condición, por supuesto, que el hombre sea lo que cree ser: dotado de una razón, de una moral, de una voluntad y de una inteligencia efectivas y reales, además que social y posible de evolución progresiva. No olvidemos que no somos “personas”, sino simplemente “hombres”.

Pero, puesto que dicha transformación es imposible por no ser el hombre libre de escoger su conducta y de cambiarla, si fuera necesario, para bien de sí mismo y de la especie; por no poder pensar en una evolución biológica en los seres humanos, en cuanto el hombre sigue alejándose cada día más de la naturaleza; por estar él mismo únicamente interesado en su propio bienestar y no en el buen porvenir de la especie, tengo mis dudas, para no decir que estoy convencido, que nuestra especie siga viviendo largo tiempo. Si el hombre no puede variar su comportamiento en beneficio de sí mismo y de toda la humanidad, y si al hombre no se le permite, como producto de la naturaleza, seguir viviendo tan lejos y en desacuerdo con ella, él tendrá que resignarse a su extinción.

Dicen que el hombre es "otra cosa" además que un animal. Estoy de acuerdo. Pero, si él desaparece como animal, tendrá que desaparecer también como "otra cosa". Es como decir que si la raíz de un árbol se muere, tendrá que morir también todo el árbol. Esa "otra cosa" del hombre, tiene como base la animalidad del hombre. Si el animal-hombre desaparece, tendrá que desaparecer todo lo que se relaciona con él.

Sería preferible que nos resignáramos a aceptar la verdad de los hechos, y a tratar, por lo menos, de luchar, con el propósito de ver si nos es posible corregir o aliviar nuestros defectos, nuestras impropiedades —aunque conscientes de lo contrario— si no queremos que nuestros sucesores nos acusen de haber pensado egoístamente en nosotros mismos como hombres, olvidando el futuro de la especie.

Pero, una defensa la han tenido, la tenemos y la tendrán todos los hombres: la de la falta de libertad de no poder actuar siempre en calidad de seres responsables y conscientes, como deberían sugerirnos nuestra supuesta moral, nuestra supuesta razón, nuestra supuesta inteligencia. Si lo que creemos ser es una cosa; actuar de conformidad es otra muy distinta. "Libertad sin razón o razón sin libertad" es el título de un trabajo que publiqué hace unos pocos años.

A quien me culpa de ser pesimista, le contesto: no soy libre de no serlo.

Un país en desarrollo debería ser, para mí, un país que está haciendo esfuerzos para progresar; es decir, para evolucionar intelectualmente, científicamente, técnicamente, racionalmente, moralmente, espiritualmente, socialmente. El todo para bien de la especie. Es como decir, biológicamente en todo sentido, por ser aquellos factores relacionados con un ser vivo el hombre.

Pero, puesto que cada cual —repito— por egoísta y asocial que es, piensa primeramente y prevalentemente en sí mismo, olvidándose de la especie que representa, no sé de verdad cómo defender la idea de un progreso en un país cualquiera que se considera desarrollado, o con el deseo de serlo en un futuro.

Considero al hombre un ser artificial, comparado con las demás especies animales —en particular con aquellas que viven libres, sin contacto alguno con el hombre— porque, citando unos pocos ejemplos:

El se alimenta de tal forma que su organismo ya no puede aprovechar que una mínima parte de los alimentos tales como la naturaleza le proporciona, sino que en su gran mayoría tiene que ser elaborada más o menos técnicamente antes de ser ingerida.

El hombre ya no está, por así decir, capacitado para trasladarse con sus medios naturales de locomoción en la forma debida, por haber aquellos perdido mucho de sus capacidades funcionales. Nos hicimos esclavos de los medios artificiales de locomoción.

Ya nuestros órganos de los sentidos no funcionan como exige la naturaleza. No hemos seguido disfrutándolos de acuerdo con sus posibilidades biológicas.

Ya el hombre no considera las relaciones sexuales como un hecho prevalentemente a disposición de la función de reproducción, en cuanto animal, dando preferencia a los placeres. Los animales no traicionan su naturaleza.

Por ser el hombre un animal de sangre caliente, homeotermo o de temperatura constante en otras palabras, sus posibilidades termoreguladoras ya perdieron muchas de sus facultades para defender al organismo contra los cambios de temperatura ambiente. Recorremos cada vez más a una protección artificial, como casas y abrigos, condicionados

de acuerdo con el variar de las condiciones climáticas.

Ya hemos perdido muchas de nuestras armas naturales de defensa contra las enfermedades y los enemigos. Hemos exagerado y seguimos exagerando con los médicos y las medicinas que son medios artificiales de defensa.

Para concluir, estamos viviendo una vida siempre más difícil de enfrentar, en cuanto nos hicimos esclavos de exigencias vitales útiles y hasta dañinas para el organismo.

La especie humana, por creerse sin derecho y orgullosamente, superior a las de los demás animales, está llevando una existencia que será sin duda la causa principal de su propia desaparición en este mundo, en breve tiempo. Y mientras seguiremos perdiendo cada día, como especie, algo más de nuestras posibilidades de sobrevivir, los demás animales continuarán resistiendo con éxito a las calamidades de la vida. Triste realidad para una especie, la nuestra, convencida de progresar, de evolucionar, mientras está escarbando inconsciente con sus manos, su propia tumba.

Por lo menos consolémonos pensando que nuestra enfermedad incurable es la falta de libertad que no nos permite actuar inteligentemente y con razón para bien de cada uno y de los demás.